

torias, y por nuestra parte no podemos menos de reconocer que el capitalista Séneca es para aquella época un personaje tan poco simpático como anteriormente y en el mismo sentido el «libertador» Bruto. Si bien Séneca consiguió una serie de años de un gobierno verdaderamente excelente, por medio de una misteriosa condescendencia respecto de las aficiones personales de Neron, no dejaron de llegar días en que, como veremos, la lógica de los sucesos respecto de los escandalosos crímenes del emperador, le llevó a las peores debilidades morales. Sea dicho en su favor: raras veces usó en beneficio personal de su eminente posición, y más raras aun de su poder, casi sin límites durante largos años. Existe, sin embargo, una vergonzosa diferencia entre la práctica de aquel brillante espíritu y la altura moral que respiran muchos de sus escritos. Partiendo de la filosofía estoica, levántase este escritor en sus exigencias morales y en sus contemplaciones profundamente humanitarias, muy por encima de la moral corriente de la Estoa y aun sobre todo lo que había producido la ética depurada del mundo antiguo. Así se ocupan antes que todos los demás moralistas de la antigüedad, en desarrollar una serie de proposiciones que no llegaron a ser reconocidas hasta que apareció el cristianismo.

Contra la forma de sus muchos escritos—que como sucedía con los mejores ó más apreciados productos de sus contemporáneos eran propagados por el comercio de libros y extendidos a la capital, a Italia y a los países de civilización romana del Oeste—la crítica moderna hace muchas objeciones. Concede sin duda alguna un talento brillante al célebre escritor que con gran facilidad, soltura y elegancia publica escritos filosófico-populares sobre distintas cuestiones éticas, problemas de ciencias naturales con razonamientos morales filosóficos y al mismo tiempo se muestra inmejorable en el estilo epistolar. Su modo de expresarse es claro, vivo, ingenioso, sus escritos son ricos en pensamientos interesantes y expresiones picantes, reconociéndose además plenitud y finura de observación, riqueza de conocimientos sin pedantería y noble expresión de los pensamientos. Pero su lenguaje está muy distante del de Cicerón, con el cual se roza como escritor fecundo y filósofo; dispone de todos los medios retóricos de su época, pero su estilo particular, usando frases cortas y secas y su amaneramiento, que usa y sostiene en oposición voluntaria contra Cicerón, encontró ya impugnadores en la generación siguiente. Mas brillante que profundo, en general Séneca «ha cultivado menos el estilo que la frase,» que en él reemplaza al calor del sentimiento; ataca más al sentimiento que al corazón y trata más de agradar que de convencer y apasionar. Su habilidad práctica y la profundidad de su mirada respecto de la vida real, unida con el sentido práctico de sus enseñanzas, por una parte le condujeron a cultivar a fondo la casuística y por otra nos ha proporcionado una serie de eficaces cuadros de costumbres. Para su propia desgracia y la de los romanos, la influencia moral de Séneca fué perdiendo cada año más y más de su poder en el ánimo de su discípulo Neron.

Mientras la situación política del imperio romano se presentaba próspera y hasta gloriosa en la primera mitad del reinado de Neron, la interior del palacio iba desarrollándose de un modo tan funesto, que arrojó al joven emperador a la senda de los crímenes más horribles haciendo de él un monstruo sanguinario, por lo pronto manchado con la sangre de su hermano, de su madre y de su esposa. El germen de este extravío espantoso se encuentra en las relaciones que existían entre el emperador, su esposa y su madre. El matrimonio de Neron con Octavia jamás había sido feliz, ni siquiera cariñoso; además, Neron, para el cual, como para las altas clases

romanas, la fidelidad conyugal había sido siempre una frase vana, se enamoró súbitamente en el año 55, y por primera vez de veras, de una joven liberta griega de extraordinaria hermosura, llamada Actea. Tan cautivado y prendado estaba de los encantos de esta mujer que hasta estuvo casi dispuesto a hacerla su esposa; Séneca y Burrho, que no le privaban de cometer excesos en unión de los jóvenes disipados de las familias más distinguidas de Roma, tampoco le hicieron reflexiones sobre esta relación amorosa que les parecía completamente desprovista de toda influencia en la política, mientras tenía la ventaja de apartar al joven emperador de las damas romanas nobles; pero no pensó así su madre Agripina, que se puso furiosa al saber que su hijo se había enamorado de todas veras de una *sierva*, porque por manchada que estuviese la conducta privada de Agripina, como madre había visto siempre con gran pena y dolor a su hijo entregarse a una vida disoluta. En mal hora se opuso a las relaciones de Neron con Actea, porque por lo pronto no consiguió más que enajenarse la confianza del hijo y empujarle más hacia sus ministros, que asieron con alegría la ocasión de aislar y anular a la regente. En efecto, se encontraron las relaciones entre madre é hijo tanto que este destituyó secamente al ministro de hacienda Palas, hombre grosero y altanero, pero adicto a Agripina que le honraba con toda su confianza. En su lugar puso Neron a Claudio Etrusco, liberto de Tiberio, que había nacido el año 20 en Esmirna y era hombre inteligente en el ramo, y bastante prudente para no mezclarse en la política ni en las intrigas de la corte; por lo cual se mantuvo en su puesto importante hasta el año 84, en el reinado de Domiciano. Agripina no perdonó a su hijo este desaire, y en su excitación, entre grandes amenazas, hizo la declaración peligrosa de hallarse dispuesta a defender abiertamente los derechos, indignamente conculcados, de Británico. De estas imprudentes amenazas tuvo pronto Agripina que arrepentirse, porque Neron, según dicen los autores antiguos, contestó a ellas cometiendo su primer asesinato. Con la mayor presteza dispuso envenenar a su hermanastro haciéndole administrar en la comida un veneno (se supone que era cicuta) preparado por Locusta, que mató al príncipe en el acto, al parecer poco antes del 13 de febrero del año 55. Los datos que tenemos relativos a este crimen son incompletos y en parte inverosímiles, pero respecto del hecho en sí no puede haber duda, y si algo queda por aclarar es el motivo que impulsó a Neron a cometer tan horrendo crimen, si lo hizo por temor de ver escaparse de sus manos el cetro imperial, ó porque se despertó entonces súbitamente y por primera vez su instinto sanguinario, ó si lo cometió por insinuación de sus ministros. Estos últimos por lo menos admitieron el hecho consumado sin protesta ni reclamación. Séneca por su parte procuró también disculpar el hecho ó cuando menos evitar a su discípulo las consecuencias del asesinato; porque los romanos temblaban delante de la perspectiva de nuevas guerras interiores promovidas por pretendientes, guerras cuyo solo recuerdo les horrorizaba; pero Neron, joven como era y de una moralidad muy laxa, debió de creer, al ver la facilidad con que los romanos le perdonaban el fratricidio, que al César, señor del mundo, todo le estaba permitido, incluso el asesinato de sus parientes.

La muerte de Británico ahondó el abismo que se había abierto entre Neron y su madre; esta no cesó en sus trabajos para formarse un partido, y Neron se vengó con nuevos desaires y demostraciones ultrajantes; quitó a su madre la guardia de honor y la guardia germánica, y finalmente se vio la anciana regente precisada a abandonar el palacio y a establecerse en la casa de Antonia, madre de Claudio. Sin embargo, acusada por dos romanas viejas y malvadas de las

primeras familias, de que conspiraba seriamente contra su hijo, supo defenderse tan bien, que su hijo se reconcilió con ella, y duró la buena armonía algunos años.

Mucho dió que hablar después Neron con sus locuras juveniles, escándalos y excesos nocturnos en las calles de Roma, en compañía de sus amigos disolutos, uno de los cuales, M. Salvio Oton, su maestro en todas estas diversiones, joven elegante y de mucho talento, que contaba cinco años más que Neron, hizo después un papel muy importante en la historia del imperio. Pero mucho se engañaron los que creyeron entonces que Neron se desfogaría y asentaría su carácter, como del turbio mosto en tumultuosa fermentación sale después el vino precioso. Acaso hubiera sucedido así sin la intervención de un monstruo infernal en figura de mujer que le empujó por la senda de los crímenes hasta perderlo para siempre. La pasión que le había tenido hasta entonces encadenado a la modesta Actea se apagó súbitamente cuando en el año 58 vió a la hermosísima esposa de su compañero de locuras Salvio Oton, que la había robado a su esposo el noble Rufio Crispino. Esta mujer, llamada Popea Sabina, descendía por su madre de una familia ilustre y poseía, además de su hermosa deslumbrante, una gran riqueza, una inteligencia privilegiada y una instrucción notable, todo unido a una alma negra, perversa y diabólica. Era voluptuosa y derrochadora, maestra consumada en coquetismo y en el arte de conservar su hermosura y atractivos por medios secretos, y de ocultar su inmoralidad bajo la máscara de la virtud. Estas eran en aquella época cualidades harto comunes entre las damas de la alta sociedad romana, aunque no todas las tuvieron en tan alto grado de perfección como Popea; mas en lo que ninguna la igualaba, ni siquiera la misma Agripina, era en la ambición desenfrenada y en la dureza y frialdad de corazón, que no retrocedía ante ninguna crueldad ni iniquidad. Popea era la mujer a propósito para acabar de pervertir a Neron en cuanto había en él todavía de pervertible.

La pasión súbita del joven emperador, excitada y fomentada por todas las artes de la coquetería, fué para la ambiciosa Popea solo el medio de escalar el poder más alto a que podía aspirar la mujer. Resistió a la amorosa solicitud de Neron declarándole que solo sería suya cuando fuera su esposa legítima y emperatriz. Esto engendró una serie de atrocidades espantosas; Oton tuvo la gran suerte de que Neron se contentara para desembarazarse de aquel rival molesto, con enviarle en el año 58 en calidad de gobernador general a Lusitania, donde contra todo lo que se esperaba de él, se condujo como servidor activo y perfectamente idóneo del imperio. En Roma entre tanto entablóse desde su partida una lucha feroz entre las dos mujeres infernales, Agripina y Popea, que se disputaban el dominio sobre el ánimo del emperador. Popea empleó toda su coquetería para encadenarle a su persona y apartarle de su inocente y desgraciada esposa, y reconveniones satíricas y burlas para alejarle de su madre; mientras esta para conservar su influencia echó mano, según las voces que entonces corrían en la capital del mundo, de todos los medios, sin despreciar ni los más inicuos, para encadenar a su hijo a su persona por medio de un crimen horrible. Mas, sea esto ó no verdad, nada consiguió; era tan impopular que toda la corte favoreció los manejos de Popea solo porque podían perjudicar a Agripina, porque nadie sospechaba los proyectos homicidas de la ambiciosa Popea, y solo se creía que su único objeto era alejar a su enemiga de la capital por medio de desaires, ultrajes y humillaciones de toda clase. Solo los privados más íntimos del joven monstruo imperial sabían, acaso ya entonces, que a consecuencia de las instancias de Popea, que no cesaba

de decirle que Agripina trabajaba para perderle, meditaba Neron el modo de matar a su propia madre sin que el público supiese jamás la verdad. Esta dificultad retardó la ejecución del crimen, hasta que encontró un infame que ideó el medio al parecer infalible y completamente disimulado. Este perverso fué Aniceto, almirante de la escuadra estacionada en las aguas de Nápoles cerca del cabo Miseno, y que había sido ayo del emperador. Aprobado el plan infernal de este hombre, desplegó Neron toda su astucia para engañar a su madre. Se trasladó a Bayas a cuyo punto invitó a Agripina, que en mal hora acudió y se dejó engañar con una comedia de reconciliación que allí se celebró. A una hora avanzada de la noche Agripina entró en una embarcación que debía llevarla otra vez a la quinta de Bauli, situada entre Bayas y el cabo Miseno, donde se había alojado, pero en la travesía se abrió la embarcación que a este efecto Aniceto había hecho preparar expresamente. Por una casualidad salvóse Agripina, que fué llevada a una de sus quintas a orillas del lago Lucrino, en la Campania. Al saberlo Neron temió la venganza de su madre y expuso sus temores a sus ministros que se decidieron por el emperador y contra Agripina, dejando a Aniceto el cuidado de completar el crimen comenzado. En esto llegó Agerino, liberto de Agripina, a participar a Neron la salvación de su madre, y Aniceto dejó caer disimuladamente un puñal entre los pies del mensajero mientras este se explicaba, a fin de hacerle prender como asesino enviado por Agripina. Con este pretexto marchó luego con un destacamento de sus marineros a la quinta de la emperatriz-madre, a quien dió muerte el día 19 de marzo del año 59. Desde este día empezó Neron a sentir las torturas del remordimiento, porque mas que nunca trató de aturdirse en incensantes y ruidosos placeres. Por lo pronto abandonó el sitio del crimen y pasó a Nápoles, donde volvió a cobrar ánimo para mostrarse en público y cometer nuevos crímenes en vista de que el mayor de todos, el parricidio alevoso, había quedado impune. En efecto, el pueblo a causa de la profunda antipatía que le inspiraba Agripina, a la cual creía capaz de todas las maldades, había dado crédito completo a la relación que de este suceso ignominioso hizo Séneca al Senado, el cual celebró la salvación del emperador decretando acciones públicas de gracias a los dioses. Después, Senado y pueblo recibieron a Neron a su regreso de una manera brillantísima, porque todo el mundo creyó, según había dicho Séneca, que la emperatriz-madre había querido hacer asesinar a su hijo y que al verse descubierta se había suicidado.

Desde entonces Neron, que ya nada temía ni respetaba, continuó con verdadera demencia su vida de placeres desenfrenados. Las luchas de los gladiadores le gustaban solo medianamente, pero los juegos olímpicos griegos le entusiasmaron porque en ellos podía lucirse sin correr riesgo, y no teniendo ya que temer la oposición de su madre, que había impedido sus extravagancias en cuanto podían rebajar la dignidad imperial, tomó parte en los juegos públicos dirigiendo su carro en las corridas del circo, y exhibiendo su talento de actor, de tañedor de cítara y de cantor, en el traje a propósito en las fiestas públicas que organizaba. Poco le importó la murmuración que estos papeles le atrajeron entre las clases elevadas. Séneca y Burrho hubieron de asentir a la construcción en el valle del Vaticano de un circo particular donde pudo mostrar sus habilidades ante un público escogido, pero muy pronto procuró que acudiese allí también el pueblo para admirar sus dotes de artista, y probablemente construyó allí mismo también un teatro para mostrarse como actor y músico al público. Fundó las fiestas llamadas *Juvenalia*, que se celebraban en su palacio y jardines y también en

la *septa*, terreno reservado en el Campo de Marte, si se trataba de juegos gimnásticos en que los actores al estilo griego iban desnudos. En todos estos juegos tomó Neron una parte activa y su ejemplo contagió á muchos jóvenes romanos, con gran disgusto probablemente, aunque disimulado, de los nobles. Neron les invitaba á estas fiestas en que él mismo con sus amigos se disputaban los premios; también procuró hacerse aplaudir por cuadrillas organizadas llamadas *augustanas*, encargadas de celebrar todo cuanto hacia, así como su voz, su cuerpo y su arte.

Estas diversiones que como hemos dicho, menguaron sensiblemente su hasta entonces positiva popularidad, se hicieron en Neron monomanía. En el año 60 fundó las fiestas *neronianas*, que como las olímpicas debían ser quinquenales, y en las cuales la gimnástica y las corridas de carro eran la parte secundaría, consistiendo la principal en concursos de música, de canto, de elocuencia y poesía.

Por desgracia de los romanos no eran estos los únicos caprichos en que el emperador gastaba su tiempo; otras cosas



Juegos del Circo (copia del relieve de un sarcófago existente en el Vaticano)

tiales y crapulosos, siendo un carácter perverso, una *fierra* humana sedienta siempre de sangre. Entre este hombre y Popea estaba pues Neron: un monstruo entre dos monstruos.

Popea había trabajado ya desde mucho tiempo antes para excitar al emperador contra Séneca, valiéndose para ello con buen éxito de la vanidad de Neron como poeta; pero solo cuando Séneca vió que Tigelino y aquella mujer habían conseguido que Neron decretara la muerte de dos romanos notables sin formación de causa, por el solo temor de que pudiesen pretender la suprema jefatura del imperio, renunció á su posición en la corte imperial y se retiró á la vida privada para dedicarse únicamente á las letras. Apartado ya Séneca, y anulada su influencia, la terrible Popea dió su último golpe contra la desgraciada Octavia. Tigelino empezó por poner en duda la honra de la joven emperatriz, y cuando la servidumbre de esta rechazó con firmeza todas las tentativas de soborno para acusarla de adulterio, dispuso Neron directamente el divorcio, dando por motivo la esterilidad. Despues, viendo que Octavia excitaba la compasión de toda la población de Roma, desterróla á la Campania y en seguida tomó á Popea por esposa, la cual pasó á residir en el palacio imperial. Poco despues, habiendo corrido la voz por la capital de que el emperador había vuelto á llamar á Octavia á su lado, animóse el pueblo á hacer demostraciones contra Popea, y las hizo tan tumultuosas, destruyendo todos los bustos de aquella mujer funesta, que finalmente hubo de intervenir la guardia imperial que sofocó el movimiento. Esta demostración de simpatía en favor de Octavia fué la causa de su desgracia, pues desde entonces quedó resuelta su muerte en palacio. El infame Aniceto se prestó á declararse

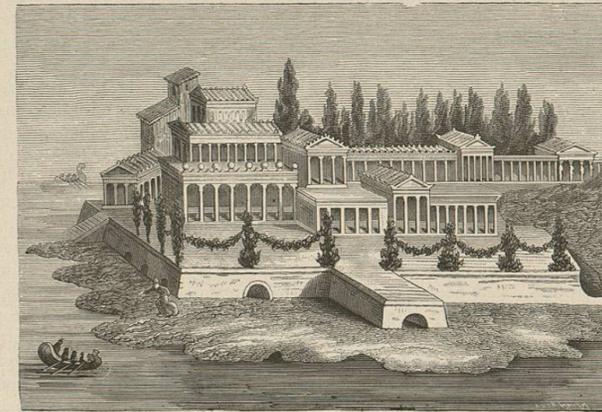
peores les aguardaban. Por lo pronto no les asustaron demasiado las causas criminales que en el año 62 se formaron á un gran número de personas por haber publicado pasquines contra el emperador, porque probada su culpabilidad no fueron condenados á morir, sino simplemente al destierro y á la pérdida de sus bienes; pero con razon se afligieron los romanos cuando á principios del mismo año supieron el fallecimiento del prefecto Burrho, que había sido el único hombre capaz, no obstante lo mucho que toleró al emperador, de contener sus instintos feroces. Muerto Burrho, tampoco pudo sostenerse Séneca, su amigo. Neron confió el mando de la guardia pretoriana á dos jefes que se habían distinguido y llamado su atención en sus cargos anteriores. Eran Fenio Rufo y Sofonio Tigelino; el primero, hombre de muy buena fama, pero de carácter débil, era á la sazón inspector de provisiones de la capital, y el segundo era jefe celebrado del cuerpo de bomberos. Este, en su nuevo puesto adquirió pronto una influencia decisiva sobre Neron, con el cual se había ya entregado mucho antes á los vicios mas bes-

él mismo amante favorecido de Octavia, lo cual le valió una rica recompensa y como castigo aparente el destierro á la isla de Cerdeña; mientras la pobre víctima, acusada y convicta de adulterio, y por su relación secreta con el almirante segun declaración de este, culpable también de alta traición, fué desterrada á la isla Pandataria, donde la inocente hija de Claudio fué ejecutada, es decir, asesinada en 9 de junio del 62. El genio del mal había vencido.

Todos los hombres independientes de Roma que conservaban un átomo de honradez y de dignidad en medio de las incesantes fiestas con que Neron embriagaba á la población de la capital gastando tesoros incalculables, se apartaron con horror del hombre funesto que con tan espantosa sangre fría cometía tan inauditas iniquidades. No por esto hemos de creer que Neron hacia el mal por un espíritu de protervia satánica, porque su gobierno ofrece hasta el fin rasgos muy laudables. Durante su reinado mantúvose el imperio imponente en el exterior; no se interrumpió en el interior la marcha tranquila y regular de la administración civil y de la justicia; el mecanismo administrativo del imperio trabajaba desde mucho tiempo con perfecta regularidad, mientras manos torpes ó enemigas no introducían adrede obstáculos en sus rodajes, y Neron tenía una solicitud especial y constante y al propio tiempo un raro acierto para el abastecimiento de víveres en la capital. Igualmente cuidóse hasta el fin de su reinado, con gran ahinco, de las vías de comunicación y del fomento del comercio del imperio. Muchas de sus grandes obras tenían un fin práctico, como las del puerto de Ancio; ni era derrochador tan estúpido que no dedicara grandes sumas á aliviar las calamidades públicas: á la ciudad de Lyon, que á consecuencia de un incendio quedó reducida

casi totalmente á cenizas, en el año 57 ó 58, y segun otros, en el 64 ó 65, concedió en este último año para su reedificación la suma de 1.087,605 pesetas. En cambio fué funestísimo para el imperio el reinado de Neron por sus disposiciones en materia de hacienda y acuñación de moneda, conforme diremos luego. No era, pues, Neron, como ya hemos dicho, un tirano que encontrase placer en ser el terror de todo el mundo, en verter sangre por el placer de verterla, sino que muy al contrario parece haber sido hasta el fin de su vida, para todos los que no contrariaban sus caprichos, una persona amabilísima, cualidad que le valió las simpatías sinceras, no solamente de las personas que le rodeaban, sino del pueblo en general. Era, sin embargo, un carácter enteramente pervertido, que cometió sus abominables crímenes por una espantosa indiferencia moral y no por el gusto, como

Cayo, de conculcar adrede todos los principios de derecho y de decencia. Así se explica su indiferencia respecto de los ataques é injurias que se le dirigían mientras no se lastimaba su vanidad como artista. En cambio no conoció misericordia cuando se trataba de personas que le parecían á él ó á sus consejeros peligrosas ó solamente molestas para su posición política ó para la satisfacción de sus pasiones personales, que de año en año se hacían mas crapulosas y desenfrenadas. Lo mas chocante fué su indiferencia en materia de dignidad imperial, de decoro y de etiqueta; indiferencia que le hizo presentarse en público como actor, hasta en papeles de mujer, primero en Nápoles, donde á la verdad se conservaban las costumbres griegas, pero despues también en la capital del imperio. Allí no solamente salió á la escena como actor, sino también como cantor, y en el circo Máximo hasta



Una villa romana á orillas del mar (copia de una pintura de Pompeya)

como auriga. Este singular capricho de querer contribuir personalmente á la diversion del pueblo romano, le ganó una grandísima popularidad, á despecho de la indignación que su conducta causaba en la clase aristocrática. El pueblo, contento de los banquetes y diversiones extraordinarias que este emperador le ofrecía, y que excedían en novedad y magnificencia á todo cuanto la imaginación podía entonces inventar, se mostraba en general muy satisfecho y muy adicto á Neron, salvo algunos movimientos de indignación en ocasiones especiales, como cuando la catástrofe de la infeliz Octavia. Una de las mayores novedades que introdujo Neron en las fiestas que dió al pueblo, fué la de continuar los juegos del circo durante la noche, lo cual le permitió aumentar sus atractivos con los efectos mágicos de una iluminación en grande escala; y el entusiasmo del pueblo subía de punto cuando además de divertirlo le distribuía todavía víveres y regalos. En las funciones del circo era Neron, como antes lo había sido Cayo, partidario de los *verdes*. En las luchas de gladiadores y de fieras, á las cuales no era muy aficionado, introdujo, sin embargo, un lujo desconocido, revistiendo á los primeros con armaduras brillantes engastadas de ámbar, y presentando entre las segundas animales rarísimos. Él fué también quien elevó las luchas de atletas al estilo griego á igual altura en Roma que los combates bárbaros de los gladiadores.

Es preciso reconocer que estas diversiones, lo mismo que el lujo para nosotros insensato de este emperador, estaban enteramente dentro del espíritu de la época; pero el pecado

de Neron y de su corte consistió en fomentar y exagerar esta tendencia. Es muy probable que el refinado lujo y el despilfarro que hemos tenido ocasion de mencionar diferentes veces en esta obra, llegaron en el reinado de Neron á su mayor altura. En materia de lujo ocupaba quizás el primer puesto el de la mesa, que se explica desde luego por el comercio inmenso del imperio, que concentraba en Roma todos los productos extranjeros y entre ellos naturalmente los comestibles, mientras el arte de cocina y el lujo de la vajilla eran consecuencias de la cultura general, muy adelantada. Esta se manifestaba también en la construcción de suntuosas quintas en los puntos mas pintorescos de Italia; en los jardines de recreo; en los viajes de los grandes y en los baños marítimos célebres como Bayas, Edepsos, Sinuesa y Cutiliae, lujo desconocido aun en los últimos tiempos. En el establecimiento de termas ó baños públicos llegó el lujo también á un grado enteramente desconocido. El uso de mármoles raros adquirió una extensión nunca vista y lo mismo se puede decir del lujo en muebles y trajes; el consumo de piedras preciosas, perlas y ámbar adquirió proporciones increíbles. En todo esto nadie igualaba á Neron y Popea; y Neron ocupaba además el primer lugar en el refinamiento de todos los goces naturales y placeres sexuales que entonces eran corrientes en toda la alta sociedad romana, en la cual el matrimonio había perdido su carácter augusto abundando los divorcios, los adulterios y otros cánceres de la civilización y de la cultura.

Esta vida de goces materiales, esta embriaguez constante